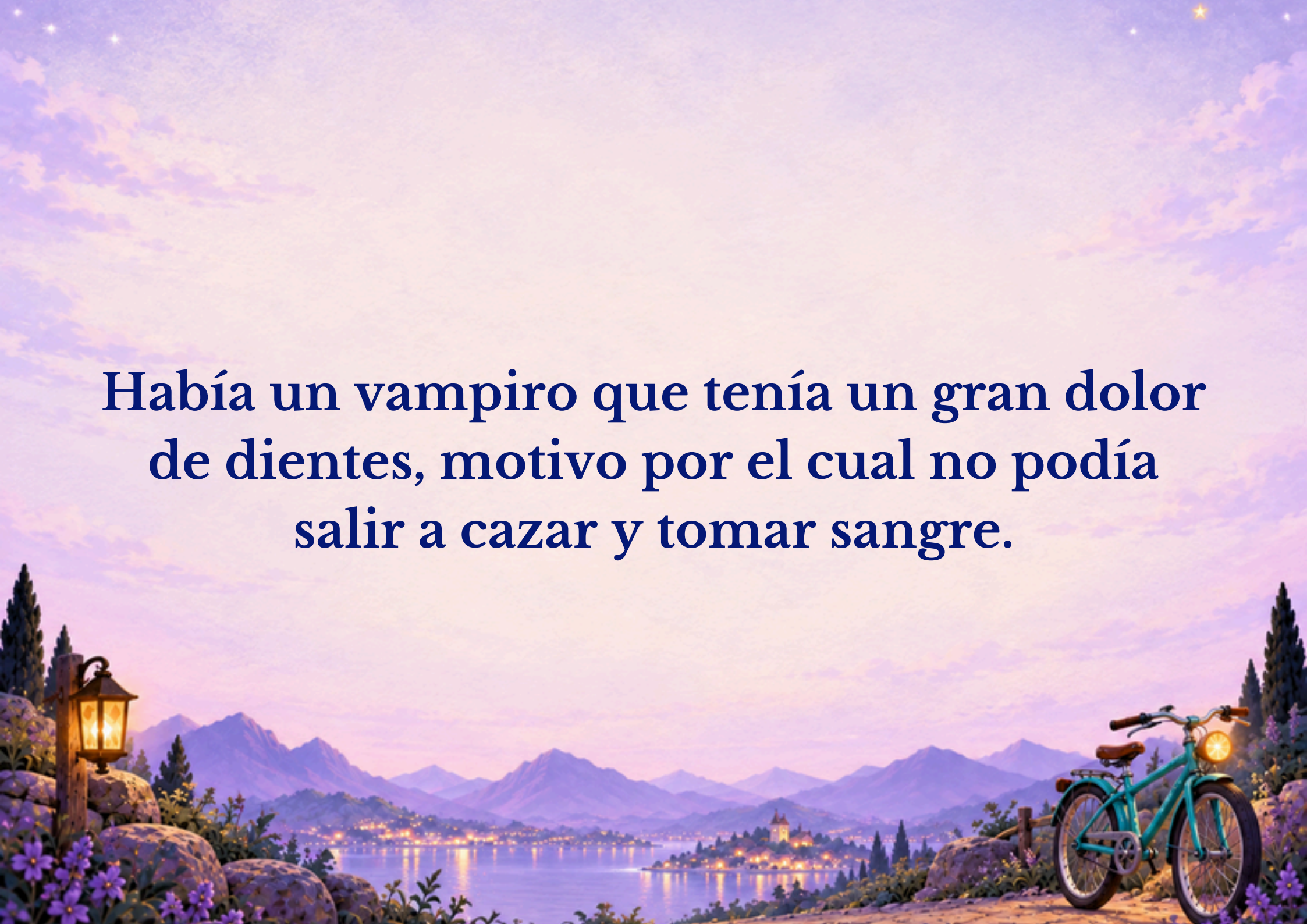


IGNACIO UZCANGA

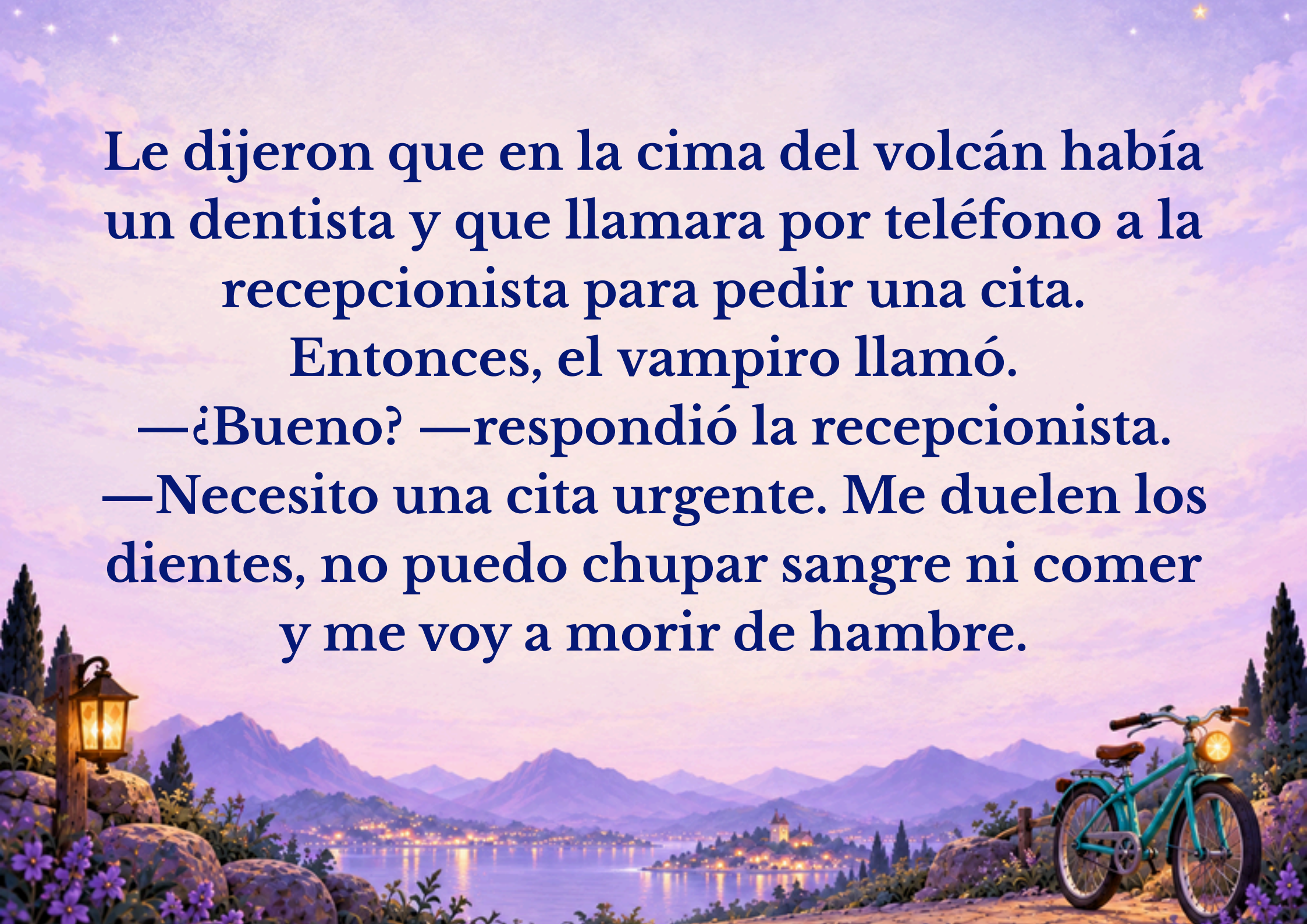


Había un vampiro que tenía un gran dolor de dientes, motivo por el cual no podía salir a cazar y tomar sangre.

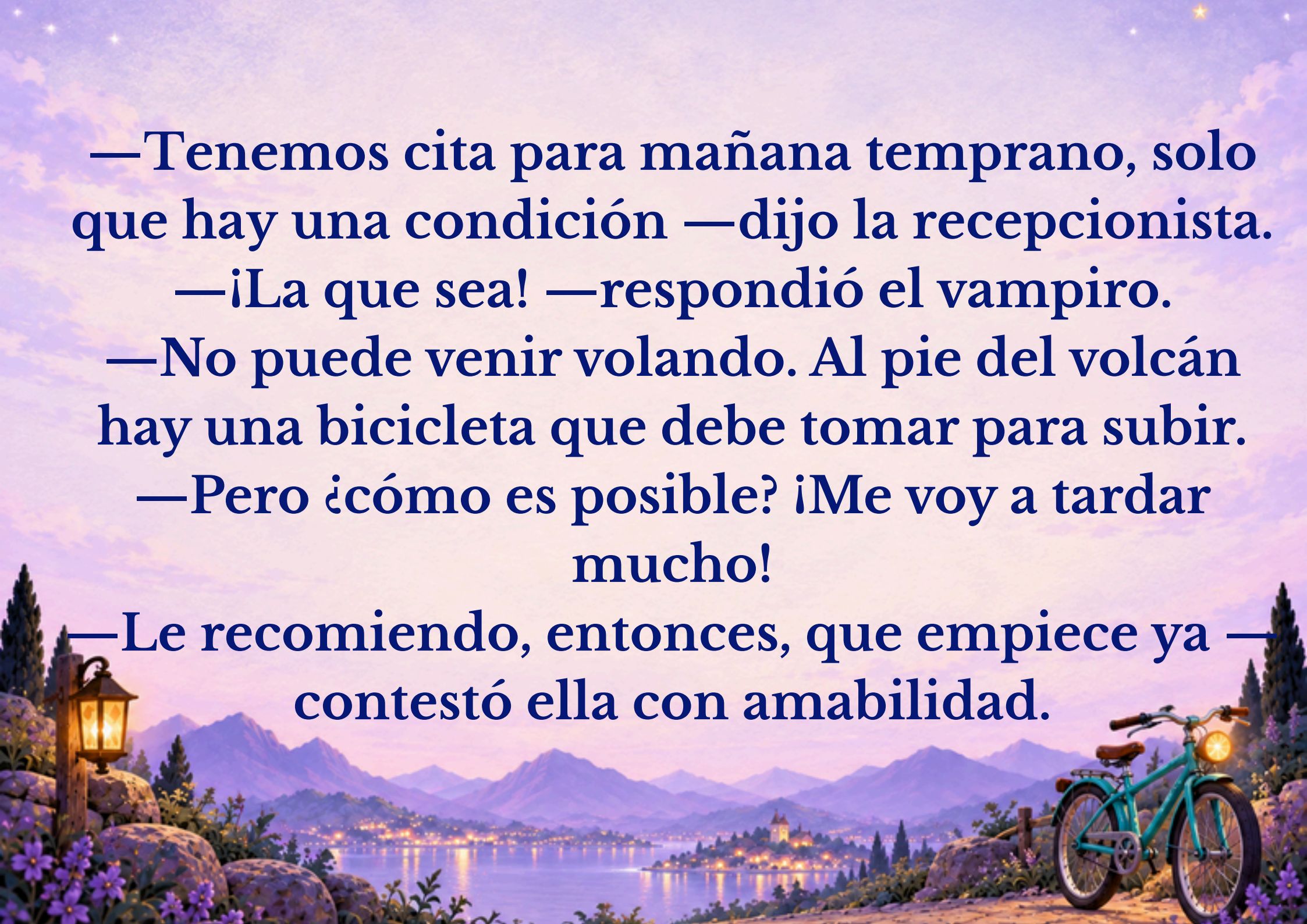




Le dijeron que en la cima del volcán había un dentista y que llamara por teléfono a la recepcionista para pedir una cita.
Entonces, el vampiro llamó.
—¿Bueno? —respondió la recepcionista.
—Necesito una cita urgente. Me duelen los dientes, no puedo chupar sangre ni comer y me voy a morir de hambre.







—Tenemos cita para mañana temprano, solo que hay una condición —dijo la recepcionista.
—¡La que sea! —respondió el vampiro.
—No puede venir volando. Al pie del volcán hay una bicicleta que debe tomar para subir.
—Pero ¿cómo es posible? ¡Me voy a tardar mucho!
—Le recomiendo, entonces, que empiece ya —contestó ella con amabilidad.



—¡Pero mis alas son mucho más rápidas! —protestó el vampiro.

—Lo sé, señor vampiro, pero el precio por el servicio de este gran dentista es subir en bicicleta.

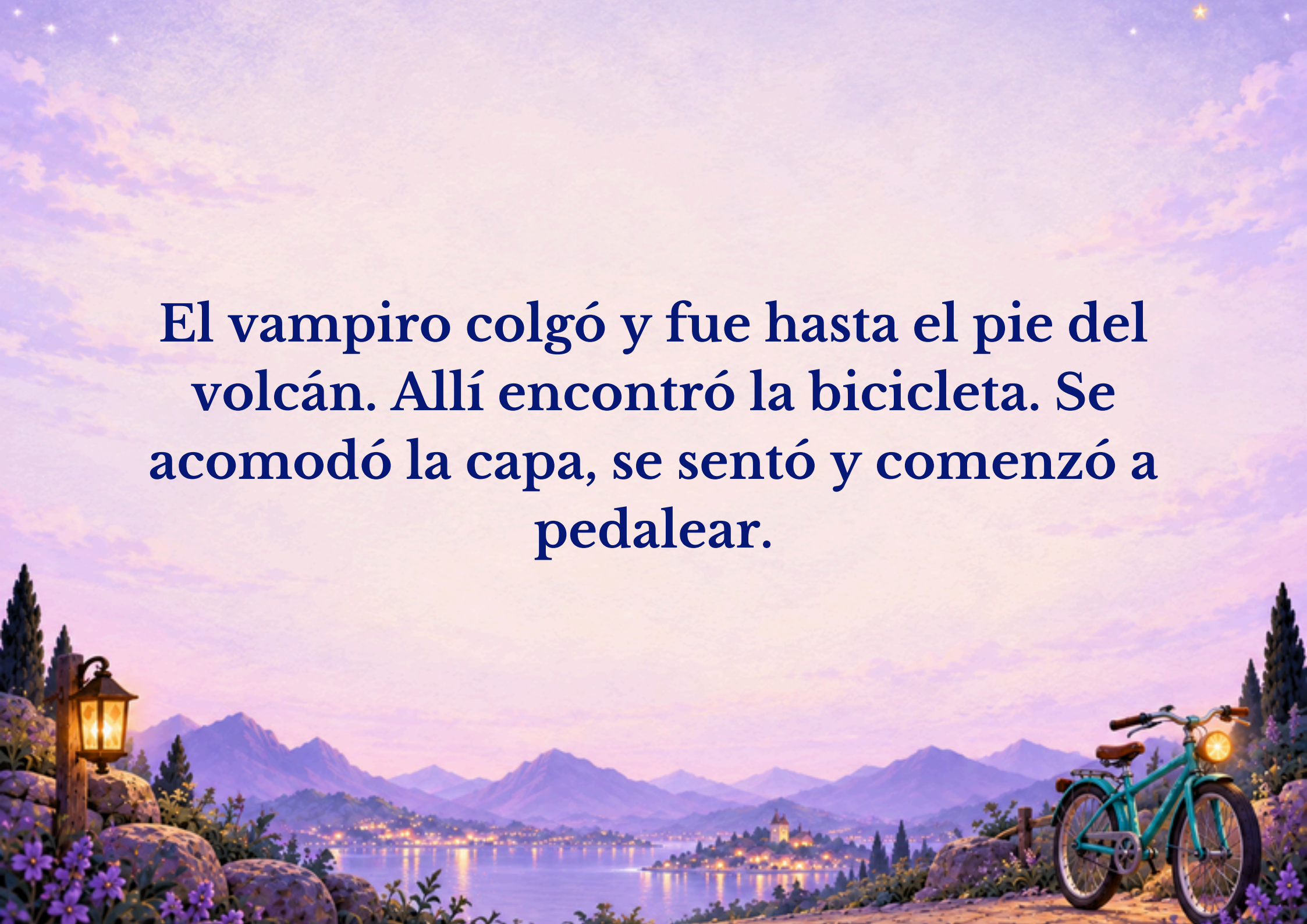
—Pues no entiendo.

—A veces, conseguir algo bueno requiere esfuerzo. Anímese a intentarlo. Aquí lo estaremos esperando.

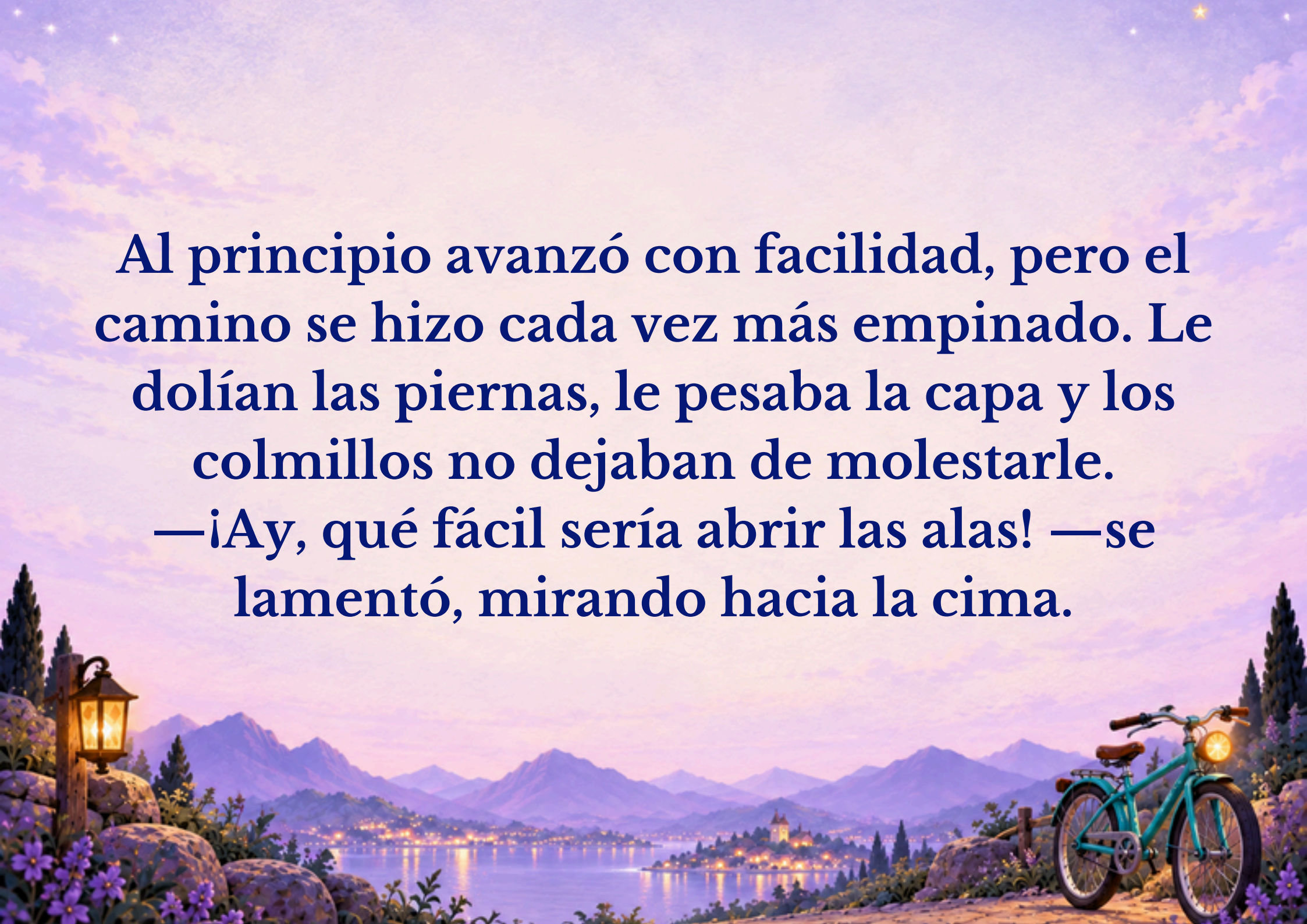




El vampiro colgó y fue hasta el pie del volcán. Allí encontró la bicicleta. Se acomodó la capa, se sentó y comenzó a pedalear.






Al principio avanzó con facilidad, pero el camino se hizo cada vez más empinado. Le dolían las piernas, le pesaba la capa y los colmillos no dejaban de molestarle.
—¡Ay, qué fácil sería abrir las alas! —se lamentó, mirando hacia la cima.



Estuvo a punto de regresar, pero pensó en cuánto deseaba volver a comer sin dolor. Se detuvo un momento para descansar, se recogió la capa y siguió pedaleando.

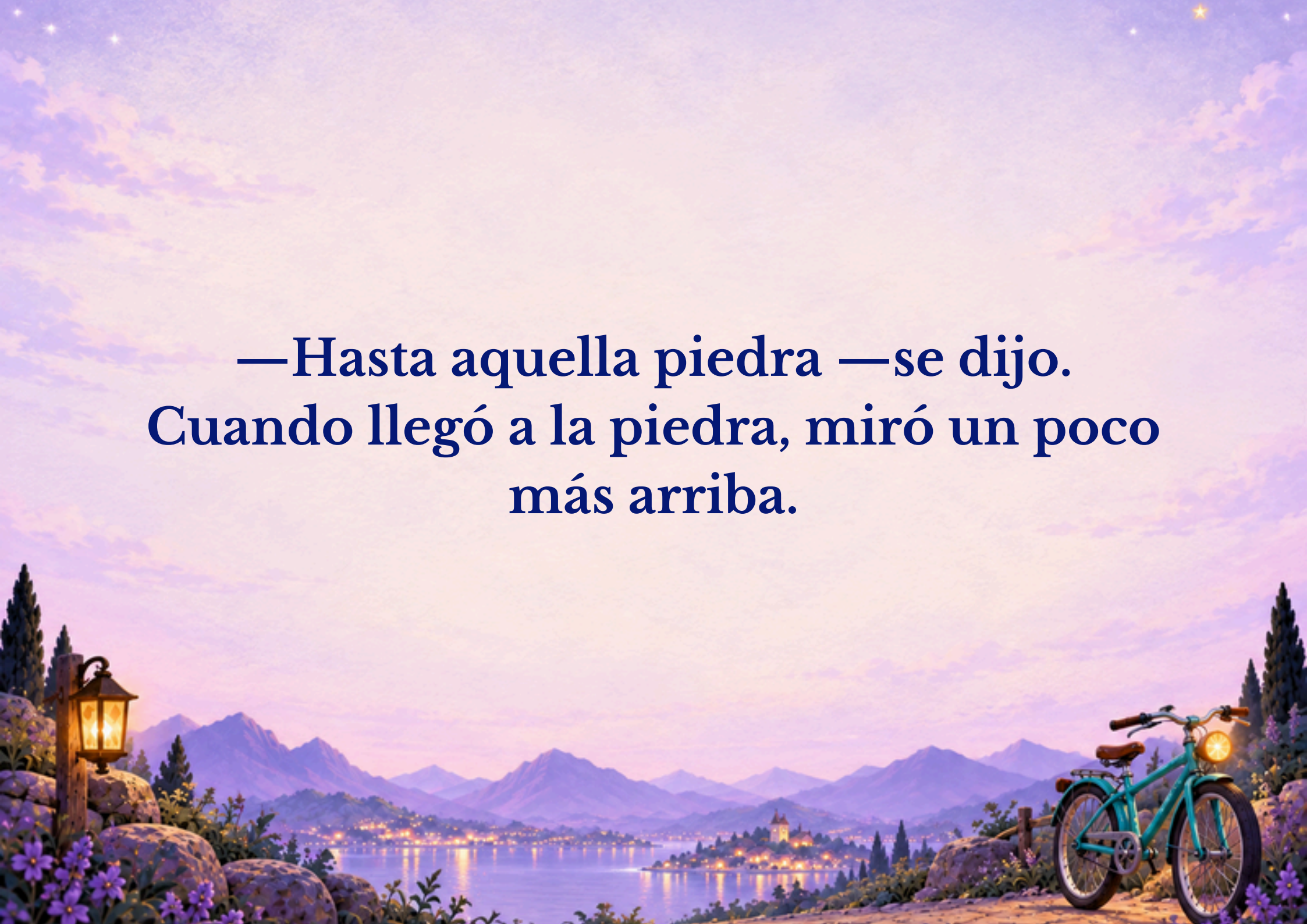




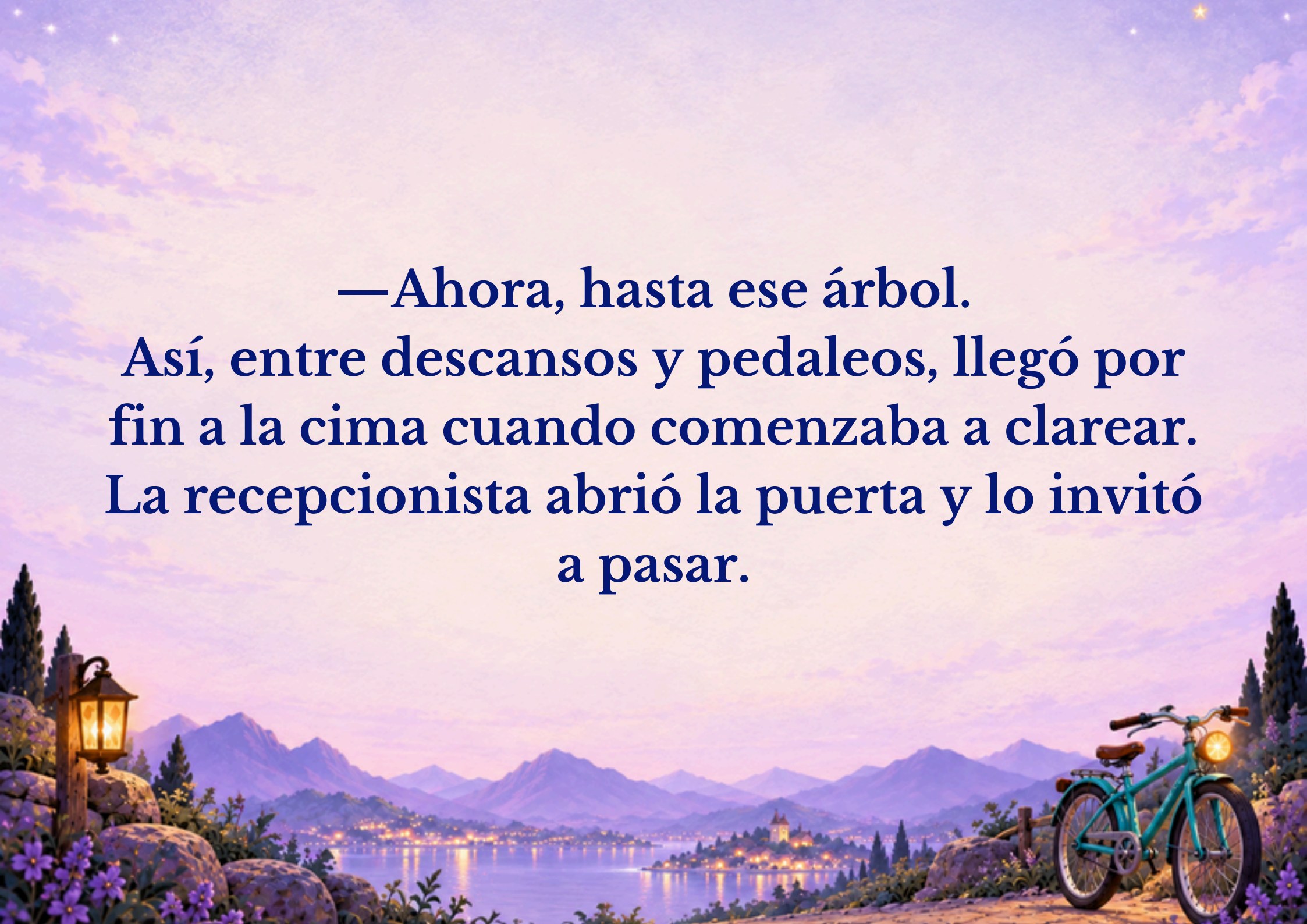
—Hasta aquella piedra —se dijo.






—Hasta aquella piedra —se dijo.
Cuando llegó a la piedra, miró un poco más arriba.



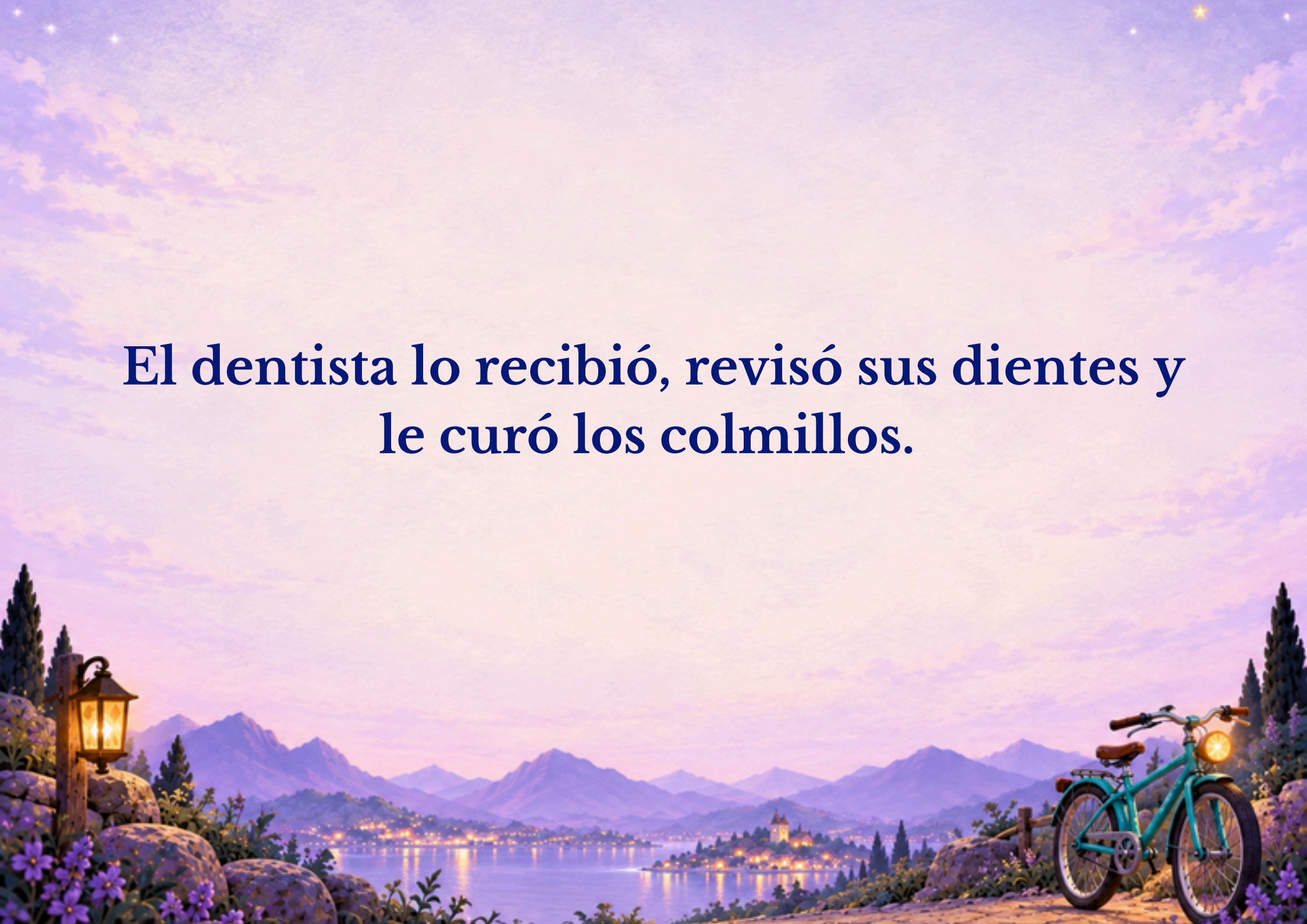

—Ahora, hasta ese árbol.
Así, entre descansos y pedaleos, llegó por fin a la cima cuando comenzaba a clarear.
La recepcionista abrió la puerta y lo invitó a pasar.




—¡Lo consiguió, señor vampiro!
Él bajó de la bicicleta con las piernas
temblorosas, pero sonrió, orgulloso.



El dentista lo recibió, revisó sus dientes y le curó los colmillos.

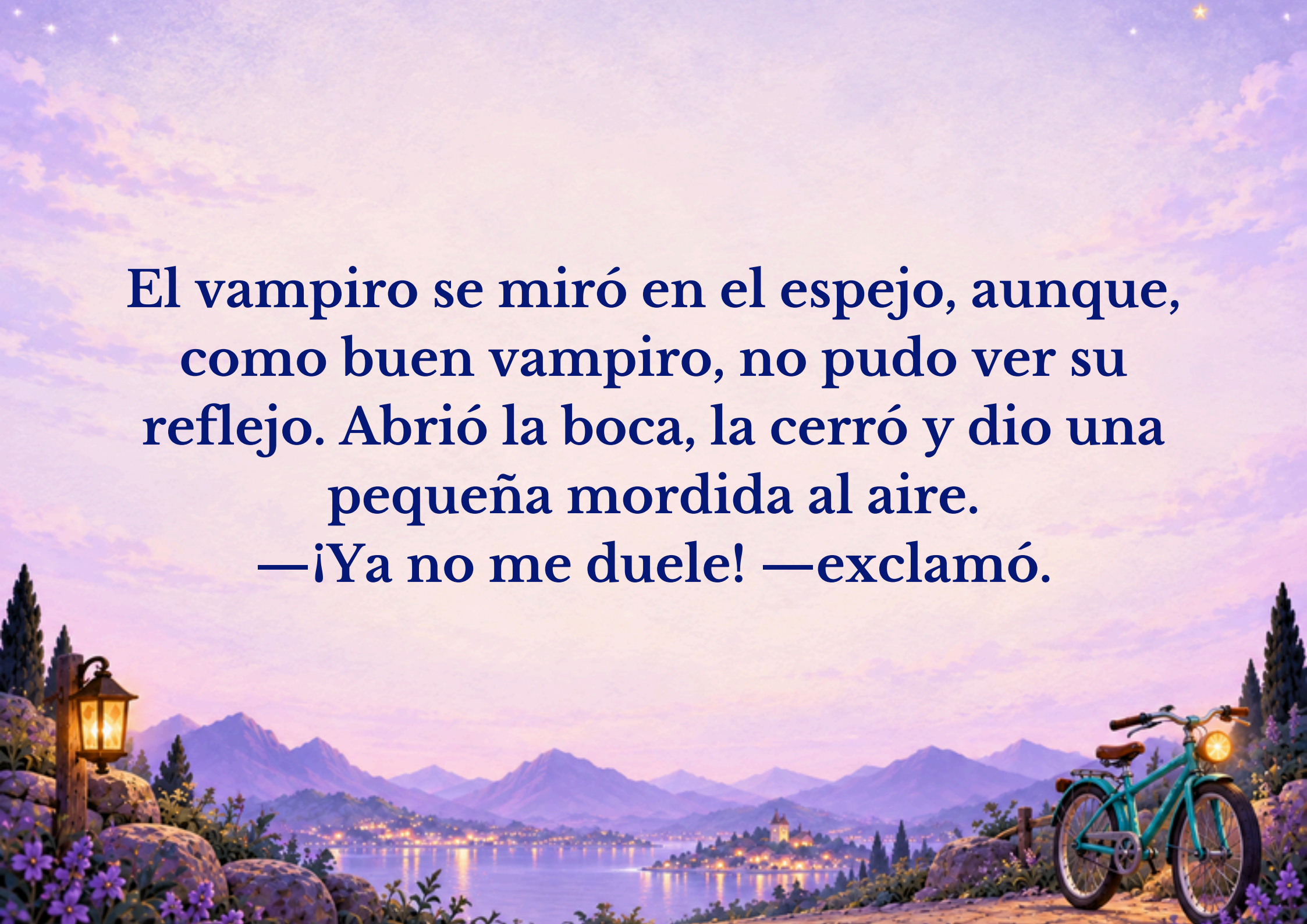




Antes de despedirlo, le entregó un cepillo y le explicó cómo cuidarlos.

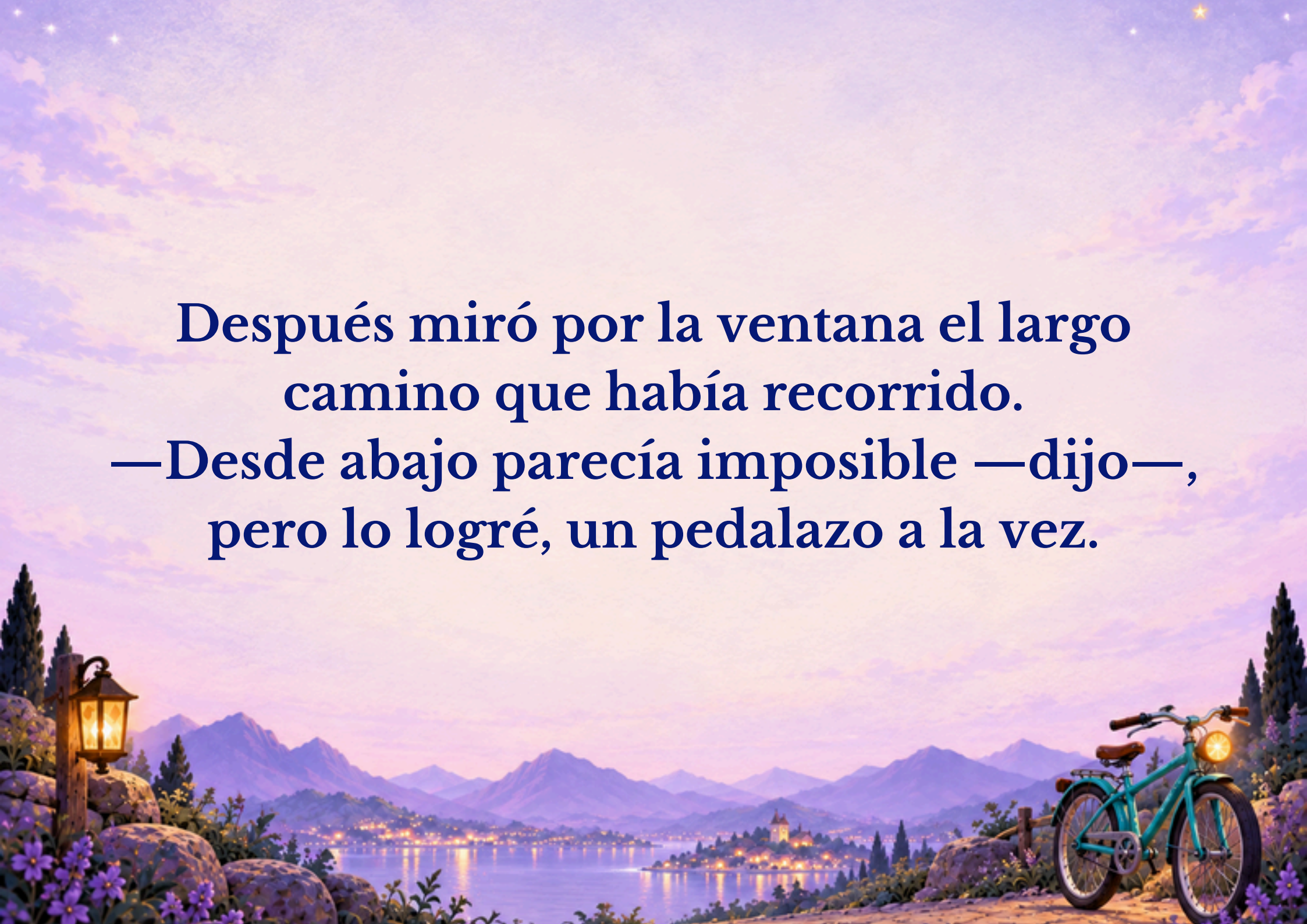





El vampiro se miró en el espejo, aunque, como buen vampiro, no pudo ver su reflejo. Abrió la boca, la cerró y dio una pequeña mordida al aire.
—¡Ya no me duele! —exclamó.



Después miró por la ventana el largo
camino que había recorrido.
—Desde abajo parecía imposible —dijo—,
pero lo logré, un pedalazo a la vez.





Salió muy contento, con su cepillo en el bolsillo y sus colmillos sanos. Antes de montar en la bicicleta, preguntó:

—Y ahora... ¿para bajar sí puedo usar las alas?

La recepcionista soltó una carcajada.





Ignacio Uzcanga es escritor, filósofo y educador, director de la Escuela para el Futuro, en León, Guanajuato. Su pasión por la literatura y la enseñanza lo lleva a crear historias que despiertan la imaginación e invitan a los niños a reflexionar sobre sus propias experiencias. En este cuento combina ternura, fantasía y humor para explorar el valor de la perseverancia. A través de un pequeño vampiro y su inesperado viaje en bicicleta, recuerda a sus lectores que descansar también es parte del camino y que las grandes metas se alcanzan con pequeños esfuerzos constantes.

Un pequeño vampiro tiene un enorme problema: ¡le duelen tanto los colmillos que no puede comer! Para curarse, deberá visitar a un dentista que vive en la cima de un volcán. Sin embargo, hay una condición inesperada: tendrá que llegar en bicicleta. Acostumbrado a volar, pronto descubrirá que pedalear cuesta arriba es más difícil de lo que imaginaba.

Entre descansos, dudas y pequeños avances, el vampirito aprenderá a enfrentar un camino que parecía imposible. Una aventura llena de ternura y humor que invita a los pequeños lectores a descubrir el valor de la perseverancia y a recordar que las grandes metas pueden alcanzarse un pedalazo a la vez.